

## UN PARAÍSO INALCANZABLE

John Mortimer. Trad. Magdalena Palmer. Asteroides. Barcelona, 2013. 456 páginas. 22,95 euros

## Ignacio F. Garmendia

Ya era conocido como guionista y dramaturgo, en particular por su exitoso *Viaje alrededor de mi padre* (1963), pero no fue hasta los años setenta cuando John Mortimer se convirtió en una figura popular por su actuación como abogado en notorios procesos por obscenidad o pornografía, algunos tan sonados como los abiertos contra los editores de la revista *Oz*, el director de *Gay News* o el sello discográfico Virgin, tras la aparición del legendario *Never mind the bollocks* –el problema, al parecer, era la palabra *bollocks*– de los Sex Pistols. Con una larga trayectoria como criminalista y acreditada experiencia en pleitos de divorcio –las esposas enojadas, solía decir, inspiran más temor que los criminales–, Mortimer se especializó en la defensa de la libertad de expresión en una década que asistió a la reacción conservadora tras el desmadre de los sesenta, como parte de un programa de “rearme moral” que culminaría en la llegada al poder de la señora Thatcher. Por los mismos años, creó a su más celebrado personaje, el abogado Horace Rumpole, protagonista de una serie de televisión –medio que el autor conocía bien– y de varias novelas que acrecentarían su fama, haciendo de Mortimer un escritor muy querido al que más tarde le sería otorgada la dignidad de caballero.

Esta novela ahora traducida, *Un paraíso inalcanzable*, es algo posterior (1985) y pertenece a la llamada Trilogía Titmuss –continuada en *Titmuss Regained* (1990) y *The Sound of Trumpets* (1998)–, así llamada por el nombre de uno de los personajes de la serie, hijo del conde de una cervecera que asciende en la escala social hasta convertirse en millonario, diputado por los *tories* y ministro de Thatcher. La acción de la primera entrega se sitúa en un pueblo de la campiña londinense, Rapstone Fanner, cuyos habitantes reflejan la evolución de la vida inglesa en el tiempo comprendido entre la posguerra y el regreso al poder de los conserva-

● Asteroide edita la primera novela de la trilogía en la que John Mortimer satiriza la vida inglesa de provincias

## Cómo escribir comedias



El escritor y dramaturgo John Mortimer (Londres, 1923-The Chilterns, 2009).

dores, tras el caos desatado durante el llamado invierno del descontento. Este fondo histórico se sobrepone a una desopilante intriga que implica a buena parte de los personajes principales: el testamento del reverendo Simcox, un extravagante párroco de filiación



izquierdista que guarda un busto de Marx en su casa, honra la memoria del socialismo fabiano y se apunta a todas las protestas, ha dejado como único beneficiario de su fortuna al diputado conservador Leslie Titmuss. Frente a la indiferencia de la viuda, uno de los hijos del párroco, el novelista Henry Simcox, se dispone a impugnar la última voluntad de su padre alegando que esta-

ba loco. Su hermano Fred, médico rural y batería de jazz, no aprueba el proceso y decide investigar por su cuenta las razones de una decisión tan insospechada.

El entorno enrarecido de las pequeñas comunidades, los secretos de familia, las miserias y servidumbres de la política, los vínculos conyugales o los no menos problemáticos entre padres e hijos, son algunos de los temas tratados por Mortimer, de una manera inteligente y bienhumorada que revela un profundo conocimiento de las relaciones humanas. Nada escapa a la incisiva mirada del narrador, que caricaturiza por igual estereotipos y comportamientos: el prócer indolente y acomodaticio que se limita a cuidar de sus begonias; la esposa elegante pero decrepita que añora los bombardeos sobre Londres, cuando los solda-

dos se disputaban sus favores; los privilegiados esnobos que ya de niños, en el selecto internado, actúan de manera prepotente, convertidos luego en tiburones de los negocios; el arribista hecho a sí mismo, que ha encontrado en las humillaciones sufridas la fuerza

Hay en el libro una leve melancolía que parte de la comprensión de las debilidades ajenas

para comportarse de modo implacable; el intelectual presuntuoso que vende su talento para hacer fortuna pero no deja de manifestar una irritante superioridad moral; el cura soñador, que lucha

contra la injusticia en cualquier parte del mundo pero se muestra receloso de la religiosidad de su parroquia; el médico que desprecia de los tratamientos y aconseja a sus pacientes una muerte temprana; el abogado cínico que no muestra consideración alguna por las partes en litigio; la segunda esposa que no puede superar el odio que le inspira su predecesora; el vividor del subsidio que alterna los trapicheos y el ocio en la taberna, donde se deja invitar por mujeres casadas; el delincuente irresponsable que alega su condición de supuesta víctima.

Lo característico de Mortimer es la mirada irónica, el escepticismo sutil, una leve melancolía que parte de la comprensión de las debilidades ajenas. No es un humor de trazo grueso ni tampoco partidario, frente a lo que podría pensarse. Parece probado que el autor, paradigma de la tolerancia, era hombre de convicciones progresistas, y es evidente que no vio con buenos ojos los tratamientos de choque de la era Thatcher, pero en *Un paraíso inalcanzable* los despidados *tories* no salen peor parados que sus oponentes los defensores de las causas perdidas. Al margen del viejo Simcox y de su inesperado heredero Titmuss, ambos extremos aparecen encarnados en el hijo novelista del predicador, un antiguo “joven airoado” que evoluciona desde la militancia radical al conservadurismo más atrabiliario –el personaje parece inspirado por modelos reales como Kingsley Amis– sin abandonar la pose despectiva ni la alta consideración que tiene de sí mismo. Luego, como experimentado guionista y dramaturgo, Mortimer muestra un dominio absoluto de los diálogos y de la composición de escenas, que no extraña fueran adaptadas a la pantalla en otra exitosa versión televisiva. Ya el final de la novela, donde se pasa revista a algunos de los personajes implicados en la historia, sugería que Mortimer no descartaba continuarla, y es de esperar que las otras partes de la trilogía sean asimismo traducidas. Entre tanto, ningún amante de la literatura inglesa debería perderse este fresco admirable que valdría como manual para los interesados en el arte de la comedia.

## UNA MUERTE SOLITARIA

Craig Johnson. Trad. María Porras Sánchez. Siruela. Madrid, 2013. 310 páginas. 21,95 euros

## Manuel Gregorio González

Es sabido que la novela policial es una floración urbana. Cuando Poe sitúa a *monsieur Dupin* en las calles de París, lo hace porque París es el corazón mismo –un corazón industrial, multitudinario, anónimo– de la modernidad. También cabe decir lo mismo de Holmes y el Londres victoriano que conoce, por aquellos días, el vértigo homicida del Destripa-

## La selva umbría

dor. Cuando el Spade de Hammett atraviese la noche de San Francisco, las grandes megalópolis del XX serán ya el nuevo escenario, el paisaje natural, de un hombre también nuevo. ¿Por qué, entonces estos detectives o policías como el *sheriff* Walt Longmire, que ejercen su profesión en un paraje desolado e inhóspito de Wyoming?

Una primera explicación sería aquel adanismo de Rousseau, fa-

tigado de la civilización, que nos acucia desde el XVIII. No obstante, esta vuelta a la Edad de Oro debe descartarse por dos motivos: por las pulsiones homicidas que se evidencian en la novela y por una la climatología adversa, poco grata al quehacer humano. Los re-

motos escenarios de Mankell, de Larsson, de Connolly, de Camilleri, en cierto modo, quizá deban esa soledad a una razón menos obvia, relacionada con el *western*. Allí, en el borde mismo de la civilización, la ley de la frontera se ha sustituido por la ley del Estado; vale decir, por la ley de la ciudad, por un derecho ajeno a las pistolas. De este modo, el crudo paisaje de Wyoming, o los pueblos hiperbóreos de Mankell, sir-

ven para evidenciar, contra la selva umbría, el frágil equilibrio de la sociabilidad humana. Aún así, esta defensa de la civilidad, del simple confort mecánico y la vida hogareña (el frío es un personaje determinante en esta novela), no puede ser inocente.

Cuando Chateaubriand, en su *Atala*, invoca el paraíso intocado de los bosques americanos, sabe que está glosando un mundo en extinción. *Atala* y *Chactas*, los trágicos amantes indios, serán devorados por la civilización europea. Una civilización que, inevitablemente, llega con ruido de fusilería y cédulas registrales.